8.

COMEDIA NUEVA,

EN VANO ES QUERER VENGANZAS QUANDO AMOR PASSIONES VENCE.

SU AUTOR

DON ANTONIO FURMENTO.

PERSONAS.

Don Felix de Toledo. §§ *Doña Leonor.*
Doña Isabel. §§ *Celio.*
Don Juan. §§

JORNADA PRIMERA.

Sale Don Felix, y Celio.

Cel. QUè tienes, señor, que estàs
con tanto desasossiego,
que velando noche, y dia,
no pagas tributo al sueño?
tambien te estàs sin comer,
siendo tu ordinario almuerzo
los ayes, y los suspiros,
como si fuera tu intento
conmutarte en camaleon,
y alimentarte del viento?
Dì si acaso fatigado
de vivir, quieres con esto
passar de este mundo al otro,
sin que pagues los derechos
à Botica, y Cirujanos,
à Practicantes, y Medicos,
que son infaliblemente
de la muerte alcavaleros?

Fel. No sè, Cielos, còmo vivo
quando mis penas contemplo,
que son tales, que debieran
acabar con mis alientos.

Cel. Burlate de todas ellas,
y no quieras ser tan necio,
que te mueras de pesar,
que es Herodes de discretos,
mayormente quando sabes
que yà se passò aquel tiempo
en que el puntillo mandaba:
yà no es tan etiquetero
el honor, oy solo campa
el interès, y el provecho:
no ay mas honra, que el lucir
ni mas punto, que el dinero.

Fel. Calla, Celio, no prosigas,
que comunicar deseo
mi dolor, para aliviarle:
dì à Leonor, que aqui la espero.

Cel. Adonde estarà?

Fel. En su quarto.

Cel. Voy à obedecerte luego.

Fel. Previniste los caballos?

Cel. Yà, señor, estàn dispuestos.

Fel. Vè à llamarla.

Cel. Es despedida?

Fel. Nada me preguntes, Celio.
Cel. Esso serà si pudiesse. *vase.*
Fel. Buelve con ella al momento.
La causa de mis pesares *ap.*
oy desarraygar pretendo,
aniquilando su origen
con la venganza que intento.
Sale Leonor, y Celio.
Leon. Felix, de Celio avisada,
solìcita à saber vengo,
si para aliviar tus penas
acaso soy de provecho?
Cel. Apuesto que aqui ay romance
de dos horas por lo menos.
Fel. Yà sabes, Leonor querida,
con quan iguales afectos
nos amamos como hermanos,
como amantes nos queremos,
de manera, que al mirarnos
siempre unidos, nunca opuestos,
dicen en nuestra alabanza
somos una alma en dos cuerpos:
harta desdicha del siglo,
hermana, que posseemos,
que la union aun entre hermanos
yà se tiene por portento:
siendo, pues, tanta la nuestra,
oy, que ausentarme resuelvo
de este pueblo, creerìa
agraviar à nuestro afecto,
si emprendiera mi viage
sin informarte primero
de las causas que he tenido,
mi Leonor, para emprehenderlo.
Leon. Atenta, Felix, te escucho,
à pesar del sentimiento,
que me ha de costar tu ausencia.
Fel. Pues de esta manera empiezo.
Cel. Dios nos la depare buena.
Fel. Don Alvaro de Toledo,
nuestro padre, que yà goza
en mejor vida otro Reyno,
allà en la edad, en que siempre
en los juveniles pechos
Amor se introduce rayo,
para ser del alma incendio,
con Elvira nuestra madre
contraxo su casamiento,
siendo medianero Amor.
Para que fuesse completo
el gozo de ambos, dispuso
benigno, y piadoso el Cielo,
que à el primer año lograssen
vèr en dos infantes tiernos,
nacidos de un solo parto,
assegurado el recelo
de falta de successores
en la Casa de Toledo.
Querer aqui encarecer
el regocijo, y contento,
que tuvieron nuestros padres,
por impossible lo dexo,
y tambien porque despues
del mismo placer nacieron
los pesares, que à los dos
quitaron el noble aliento.
Oh quantas veces, oh quantas
el hombre se engaña necio,
aplaudiendo lo que ignora,
si es su castigo, ò su premio!
Alonso, y Juan se llamaron
los dos hijos, que refiero,
y estos son los que han causado
las penas, que padecemos;
pues luego que ambos passaron
la niñèz, cuyo gracejo
conmueve à tiernos cariños
aun à los genios mas sèrios,
empezaron à mostrar
el natural mas violento,
mas altivo, mas tyrano,
mas irreducible, y fiero,
sin querer sujetar, *se*
ni à la fuerza del consejo,
ni al recelo del castigo,
ni aun al paternal respeto,
dando en esto à conocer,
que sin milagro del Cielo,
una mala inclinacion
tiene muy poco remedio.
Yà en la varonil edad,
sus continuos desaciertos,
siendo llanto de mis padres,
eran del pueblo tropiezos.
No sè còmo al referirlo
de puro dolor no muero,
que quien no siente en su sangre
las manchas de indignos hechos,
ò no

ò no es hombre, y si lo es,
es hombre sin sentimiento.
En fin, Leonor, bien te acuerdas,
que despues de muchos yerros,
y de acciones muy impropias
de la sangre de Toledo,
dispusieron no advertidos
dexar entrambos el Reyno,
ausentandose à otro estraño,
sin que para detenerlos
encontrasse nuestro padre
medio, razon, ni argumento,
à cuyo pesar rendido
pagò anticipado feudo
à la muerte, y à pocos dias
le fue mi madre siguiendo.
Viendose en mas libertad
por este acaso funesto,
el camino de Castilla
los dos, hermana, emprendieron,
y en uno de sus Lugares,
cuyo nombre no refiero,
por no ser aquì del caso,
hacer alto dispusieron
unos dias, por gozar
de sus campos lo alhagueño.
En este Lugar, Leonor,
una dama hermosa vieron,
que era esposa de un Hidalgo
de lo principal del pueblo.
Ciegos al vèr su belleza,
sin que les sirva de freno
el estado de casada,
ni del marido el respeto,
para lograr su hermosura
andaban buscando medios
de comun acuerdo entrambos:
que quando amor es grossero,
y torpe, poco se pàra
en competencias, y zelos.
Digalo, pues, una tarde,
que à las Heras (que es passeo
usado de los Lugares)
saliò para su recreo
esta dama con su esposo,
en que los dos en acecho,
para lograr la ocasion
de sus infames deseos,
cautelosamente aleves
le salieron al encuentro,
y dando al infeliz muerte,
barbaros, crueles, fieros,
intentaron, que la dama
fuesse usurpado trofeo
de su mal nacido amor,
y de sus torpes deseos,
pretendiendo construìr
sobre el carmin, que vertieron,
lecho para su apetito,
tumba al honor de su dueño;
pero el Cielo cuidadoso,
tan grande arrojo sintiendo,
y mirando la inocencia
de la dama en tanto riesgo,
infundiò valor tan grande
en su dolorido pecho,
que pudo guardar valiente
de su honor el sacro templo
hasta tanto que à sus voces
aqudieron los del pueblo.
(que à honor que grita, no es facil
falte oportuno remedio)
Temerosos mis hermanos,
pidieron alas al viento:
que no ay mayor cobardìa,
ni causa que dè mas miedo,
que un delito cometido,
quando se vè descubierto.
Siguieronlos vengativos
los que à sus voces vinieron,
pero en vano; mas la dama
mirando à su esposo muerto,
trocado el furor en llanto,
y en iras el sentimiento,
se restituyò à su casa,
seguida de un Cavallero,
que de su difunto esposo
era aun mas que amigo, deudo.
En ella juraron ambos
de no dexar el acero
de la mano, hasta vengar
este homicidio sangriento,
no solo en los agressores,
sino tambien en los deudos,
y parientes, que tuviessen
igual sangre, concluyendo
el trato con afirmar
(què barbaro desacierto!)

que hasta que extingan la nuestra
no han de abandonar su intento.
Con esto la hermosa dama,
con valor, y con aliento,
despreciando los retiros
de viudedad, y de duelo,
dexò los blandos adornos
competentes à su sexo,
vistiendo, en vez de damascos,
pesadas ropas de acero.
Tomò un ligero caballo,
y seguida de aquel deudo,
diò principio à la jornada,
para cumplir lo resuelto.
Corrieron varios caminos,
vieron lugares diversos
en busca de mis hermanos:
passaronse algunos tiempos
sin hallar[l]os, hasta tanto
que determinado el Cielo
à castigar sus delitos,
dispuso (caso funesto!)
que en una pequeña Aldèa
los hallassen (dolor fiero!)
Apenas supo la dama
tan apetecido encuentro,
quando enojada, y sangrienta,
su venganza previniendo,
con ardid, y con cautela
hizo sepulcro sus pechos,
en que enterrò sus ofensas
con la hazada de su acero.
Pensaràs, Leonor, aqui,
que no obstante el juramento
de acabar nuestra familia,
quedarian satisfechos
sus enojos, ahogandose
en la sangre que vertieron?
pues no, Leonor, no lo pienses,
que esta muger excediendo
à las fieras mas sangrientas,
quiere con barbaro empeño
aun mas allà de la muerte
llevar sus crueles deseos,
estendiendo, como dixe,
de su venganza el veneno
à quantas vidas alientan
con la sangre de Toledo,
con tanta publicidad,
tan sin recelo, y sin miedo,
como embiarme à mi casa
con un triste mensagero
esta noticia, diciendome,
(à quien no admira [su] aliento!)
que todos nos prevengamos
à morir, porque su esfuerzo
marcha yà contra nosotros,
para darnos fin funesto.
De sus intentos no dudo,
hermana, si considero,
que una muger enojada
aventaja con excesso
à la còlera del rayo,
à la execucion del trueno,
à la crueldad del Osso,
à la del Leon sobervio.
En fin, querida Leonor,
esta muger (caso es cierto)
para acabar con nosotros
se encamina al Lugar nuestro:
para evitar este daño
salirla à buscar resuelvo,
no para matarla, hermana,
que fuera indecente duelo
valerme contra una dama
del limpio, y templado acero,
sino para buscar modo
de desvanecer su intento,
ò bien valido del arte,
ò bien valido del ruego:
que aunque ofendido me miro
en las dos muertes, que ha hecho
en mis hermanos, no juzgo
que vengarme en ella debo,
pues han sido con motivo
de no poco fundamento,
como el vengar à su esposo,
y bolver por su honor mesmo.
Esto es en quanto à la dama,
pero en quanto al cavallero,
que sin tener igual causa,
sin tener igual derecho,
solo por deudo, ò galàn,
apadrina sus intentos,
debo tomar la venganza
brazo à brazo, y cuerpo à cuerpo:
pues dexando aparte, que
ha hecho suyo este duelo

de Isabèl, que assi se llama
la dama que te refiero,
viene à buscarme con ella,
y fuera mal visto, creo,
sabiendo que à mi me busca,
no salirle yo al encuentro,
mayormente quando assi
se redime nuestro riesgo:
que estando Doña Isabèl
sin su lado, considero
lograrè mas facilmente,
que se aparte de este intento,
que se temple su rencor,
que se minore su ceño,
aunque apueste en lo irritada
la voracidad del fuego,
al ìmpetu de las aguas
en su carrera, ò despeño;
pues el primero se extingue,
si se le aparta el fomento,
y ellas amainan tambien,
si del rio se vèn lexos.
Yo voy, Leonor, à marchar
acompañado de Celio,
que para el intento mio
me basta por compañero:
tù te quedaràs, hermana,
à nuestra casa assistiendo,
mientras que dure mi ausencia,
y hasta tanto que los Cielos
me buelvan à vista tuya,
donde vivas con sossiego
libre de Doña Isabèl,
yo vengado, y satisfecho.
Leon. Atenta he estado escuchando,
hermano, todo tu intento,
pero hallo en executarlo
para tì evidente riesgo.
Fel. De què manera? *Leon.* No dices,
que estàs, Don Felix, resuelto,
si à Doña Isabèl encuentras,
à no empuñar el acero
contra ella? *Fel.* Es cierto.
Leon. Isabèl
no viene con grande esfuerzo
para quitarte la vida?
que lo logre tèn por cierto,
si no la matas, y assi,
por mas acertado tengo
el ir en tu compañia:
que siendo contrarios nuestros
con una muger un hombre,
un hombre, y muger serèmos
en la venganza empeñados,
y assi salvamos el duelo.
Fel. No, Leonor, de ningun modo,
que vengas conmigo quiero,
que serìa muy mal visto,
que antepusiera à mi riesgo
el tuyo, sin otros graves
inconvenientes, que advierto:
en tu casa recogida
estaràs mientras que buelvo.
Quedate con Dios, Leonor. *vase.*
Leon. Con bien te buelvan los Cielos.
Cel. Usted no tenga cuidado,
que muy presto bolveremos,
si no fuesse en los caballos,
en relaciones de Ciegos.
Quiere usted que yo me quede
à acompañarla? *Leon.* Es yerro,
pues es forzoso que sigas
à tu amo. *Cel.* Voy à hacerlo. *vase.*
Leon. Pues yà se ausentò mi hermano,
para assegurar mis riesgos,
y vengar nuestros agravios
consultar conmigo quiero,
què he de hacer: quedarme yo,
conforme èl lo ha dispuesto,
en casa, quando ay muger
que desmintiendo su sexo,
intenta darnos la muerte,
no viene bien à mi aliento;
y assi pretendo yo sola
buscarla, y hacer lo mesmo.
Ea, valor, à conseguir
esta empressa, y quiera el Cielo,
que encuentre yo à mi contraria,
para avassallar su esfuerzo,
antes que mi hermano Felix
se halle empeñado en el riesgo. *vase.*
Sale Doña Isabèl de camino, y Don
Juan armados.
Juan. Aquì, hermosa Isabèl,
en esta amena campaña
puedes de tantas fatigas
hacer una breve pausa:
que aunque tu brio gentìl,

tu valor, y tu constancia
te publiquen Amazona,
ò Diosa de las Batallas,
es preciso que el cansancio
de tan continuas jornadas
postre la delicadeza
de tu beldad celebrada.
Descansa, Isabèl hermosa,
suspende un rato las armas,
sè un breve instante Venus,
yà que siempre fuiste Palas:
oye los tiernos suspiros
de quien fino te idolatra.
Isab. Mi justo enojo, Don Juan,
que solo intenta venganzas,
no me permite que admita
el descanso, que à mis plantas
ofrece en verdes lisonjas
esta hermosa, y verde estancia;
y en quanto à que oyga tu amor,
Don Juan, en vano te cansas,
quando sabes, que mi esposo
muerto por traycion infausta,
vive aùn en mi memoria
à pesar de la cruel Parca.
Juan. Su muerte yà no vengaste,
valiente, altiva, y bizarra?
Isab. Sì, Don Juan, pues se la dì
con valerosa acechanza
à los crueles traydores,
que causaron mi desgracia.
Juan. No serìa mejor, dime,
yà que te miras vengada,
que bolvieras al descanso,
y à la quietud de tu casa?
Isab. Avia de bolver yo,
(què proposicion tan vana)
quando sabes mis intentos,
à mi lugar, o à mi casa,
sin acabar de verter
la sangre aleve, y villana,
que en Don Felix, y Leonor,
hermanos de quien me agravia,
à pesar de mi rencor,
aun sus viles venas baña?
pues como, si esto no ignoras,
pretendes hacer instancia
de que lo tratado dexe,
y à mi retiro me vaya?
Juan. Muertos yà los agressores,
que de tu mal fueron causa,
perseguir à sus hermanos
parece accion temeraria.
Isab. Que lo sea, ò no, Don Juan,
à tì no toca juzgarla,
y assi, para libertarme
de argumentos, que me cansan,
y del peligro que tengo,
mientras que tu me acompañas,
que la Justicia me siga,
y me conozca, pues se halla
informada de las muertes,
que ha executado mi espada
en los dos viles traydores,
que con cruel, y torpe saña
quisieron, muerto mi esposo,
violar de mi honor la fama:
para mejor encubrirme,
yo desde aquì, disfrazada,
y sola, he de proseguir
la venganza comenzada,
y assi, Don Juan, puedes irte
por esta senda à tu casa,
mientras que yo por essotra
dirijo mis nobles plantas:
que para resguardo mio
mi proprio aliento me basta.
Juan. Detente, Isabèl hermosa,
advierte, mira, y repara,
que una cosa es arguirte,
y otra el permitir que vayas
sin que te assista mi amor,
mi brazo, vida, y espada,
en esse empeño, ù en otro,
yà que te miro arrestada.
Para hacer esto, Isabèl,
la palabra que dì basta:
mira què harà si se añade
à esto la amorosa llama,
que obliga à mi corazon
à ser ciega salamandra
de tu hermosura perfecta,
de tu beldad delicada.
Isab. No, Don Juan, no me conviene
que en mi compañia vayas,
sola he de ir desde aquì,
en esso estoy empeñada;
y si piensas resistirme,

cree,

crее, que esto serà causa
para que en toda tu vida
me veas desenojada;
y porque sepas, Don Juan,
que mi valor no se aparta
de valerme de tì, quando
necessite de tu espada,
en passando algunos dias
en esta Villa cercana
puedes buscarme, que allì
consultarèmos las trazas
(si no la huviesse logrado)
de conseguir mi venganza.

Juan. Aunque resiste mi amor
la ausencia de lo que ama,
à obedecer tus preceptos
me precisa tu amenaza,
verè si con la obediencia
consigo mirarte grata;
donde me mandas irè
con la vida, y con el alma.

Isab. Id con Dios.

Juan. El Cielo os guarde. *vase.*

Isab. Què porfia tan cansada!
solo por librarme de ella
le mandè que me dexàra,
y pues yà me miro essenta
de las molestas instancias
de su amor, seguirè sola
el rumbo de mi venganza,
y mientras que la consigo,
en essa Villa cercana,
que desde aquì se divisa,
haràn mis fatigas pausas,
que lo largo del camino
me trae rendida, y cansada. *vase.*

Felix, y Celio.

Cel. Aqui podemos, señor,
tomar un breve descanso,
que los caballos estàn
rendidos, y fatigados.

Fel. Los ataste?

Cel. Si señor,
aunque era bien escusado,
segun vienen de molidos
no se moveràn ni un passo.

Fel. Pues mientras toman aliento,
aqui podemos sentarnos:
sientate, Celio, tambien,
que esta licencia en el campo
te es permitida.

Cel. Lo harè,
pues vengo hecho pedazos,
que el palafren es trotòn,
y tiene un passo del diablo;
pero permite, señor,
yà que solos nos hallamos,
te pregunte mi ignorancia,
para què, y à donde vamos?

Fel. De lo que dixe à mi hermana
tan presto te has olvidado?

Cel. No señor, pero yo veo,
que el encontrar và muy largo
à essa dama, y esse galàn,
y si llegas à lograrlo,
un bravo dia le espera
al uno de tus contrarios.

Fel. A qual de ellos?

Cel. A la dama:
pues puede ser que postrado,
y vencido te precise
à ser sù mìsero esclavo.

Fel. Tanto poder es el suyo,
quando su sèr es fundado
en dèbil naturaleza,
falta de valor, brazo?

Cel. Con ser muger solamente
para rendirte tiene harto,
pues en solo una muger
se juntan dos mil contrarios.

Fel. Dilos, pues.

Cel. Atiende un poco,
te divertiràs un rato
el corto tiempo, que aquì
quieres que estemos sentados,
presuponiendo primero,
que la dama de que hablamos
sea hermosa, que si es fea
no ay nada de lo tratado.
El primero que se cuenta,
que à la muger le dà amparo,
para que postre à los hombres,
es Cupido el Dios bendado,
que en sus trenzas, y sus sejas
labra sus cuerdas, y arcos.

Fel. Si assi son los enemigos,
muy bien podrèmos librarnos.

Cel. No tan bien, que son sutiles
estas

estas armas del contrario.

Fel. Si esse contrario que dices
esta sin vista, ò bendado,
mal podrà à mi corazon
hacer un tiro acertado.

Cel. Ay señor, que quando quiere,
abre los ojos de à palmo.
Son el segundo enemigo
sus ojitos, que en mirandolos
el hombre, sin resistencia
queda luego aprisionado,
y estas son armas de fuego
de muy dificil reparo.

Fel. Es acaso basilisco
la muger? con no mirarlos
de este riesgo me asseguro.

Cel. Esse, señor, es el caso:
quien viò unos buenos ojos,
que buelva la vista à un lado?
su natural atractivo,
su afable trato, su garvo,
su discrecion, (si la tiene)
son, señor, tantos contrarios
del hombre, que dificulto,
que muchos se ayan librado
desde el tiempo que por ellas
tragò Adàn aquel bocado,
que aùn està en nuestro garguero
haciendonos embarazo.

Fel. De todos los que me has dicho,
uno tan solo declaro,
que puede ser poderoso.

Cel. Dì quales, que yà lo aguardo.

Fel. La discrecion puede ser
el mas superior contrario
del hombre, porque sin duda
el entendimiento claro
con su razon siempre vence
à los hombres mas versados;
(que no es facil à los necios)
y assi solamente hallo,
que su entendimiento puede
servirme à mi de contrario;
y puesto que yà hace tiempo
que se ha estado descansando,
à caminar vamos, Celio,
sigueme, que allì te aguardo.

Cel. Allà voy: plegue à Dios,
que de este viage salgamos.

Vanse, y sale Leonor.

Leon. Aquì donde me combida
lo llano de aquesta selva
al descanso, solicito
aliviar algo mis penas,
y el cansancio, que ocasionan
del camino las molestias:
yo marcho, sin saber donde,
en busca de aquella fiera,
que cruèl pretendes acabar
con toda mi parentela.
El cuydado de encontrarla,
no solo me trae inquieta,
sino tambien el peligro,
la ocasion, y contigencia
de que me encuentre mi hermano
pues quando en casa me dexa,
si vè que no le obedezco,
me ha de dàr muerte sangrienta,
por el indecente arrojo,
que una muger de mis prendas
comete en andar caminos
sin decoro, y sin decencia:
què de errores ocasiona
una resolucion ciega,
una passion de venganza,
que tanto en nosotras reyna!
Pienso que mejor serà
dàr à mi casa la buelta,
que con esto mi peligro
se restaura, ò se remedia.
Esto ha de ser: por aqui
pienso tomar la vereda;
pero què veo? mi hermano!
estatua quedè de piedra.

Sale Felix, y Celio.

Fel. Alli el Lugar se descubre:
vèn, Celio, por esta senda;
pero què miro! Leonor
no es esta, Celio?

Leon. Què pena!

Cel. Que lo es no ay duda alguna,
ò alguna dueña por ella.

Leon. Yà me ha visto: muerta soy!
procure huìr su inclemencia.

Fel. En vano, Leonor, pretendes
librarte de mi. dì, fiera,
còmo, contra tu decoro,
tu casa, y retiro dexas,

vagan-

vagando por estos montes,
corriendo por estas selvas?
Què dirà, aleve, de tì
el mundo, quando sepa,
que una muger sola, y moza,
por caminos, y veredas
assi desprecia su honor,
assi expone su nobleza?
No quise traerte conmigo,
mirando por tu decencia,
y al punto que yo me ausento,
de este modo la atropellas?
pero pues yà te he encontrado,
aqui pagaràs la ofensa:
muere.
Cel. Detente, señor,
Leon. Ay de mì, no ay quien defienda
mi vida?
Cel. Huye, señora.
Fel. Mal podrà.

Sale Don Juan.

Juan. No ay quien defienda
mi vida, dixo una voz
de muger; pues à què espera
mi brio? *Leon.* Vos, cavallero,
yà que os conduce mi estrella
à este puesto, detened
à esse, que ofendido intenta
matarme, mientras que huyendo
por valles, montes, y sierras
asseguro mis temores
de la merecida pena,
à que ha podido exponerme
una resolucion ciega.
Juan. Restaurad, hermosa dama,
el aliento, estando cierta,
que à no matarme primero,
no os harà ninguno ofensa.
Fel. Vano serà vuestro empeño.
Leon. La fuga me favorezca. *vase.*
Cel. La Leonor ha levantado
una muy bonita gerga:
si no fuera yo gallina,
brava ocasion era esta
para ayudarle à mi amo;
pero serìa indecencia
dos espadas contra un hombre;
pues la mia se estè quieta.
Fel. Que de matarte no acabe!
no vì mayor resistencia.
Juan. Mal sabes el valor mio.
Fel. Sin duda tienes nobleza.
Pues me embaraza este acaso,
sigue tù, Celio, à essa fiera.
Cel. Esso harè de buena gana,
para hacer que no parezca. *vase.*
Juan. Impediralo mi brio.
Fel. Còmo, sin que à mi me venzas?
Juan. Bolviendote las espaldas,
tambien siguiendola à ella,
y de esta manera cumplo,
como ofrecì, su defensa;
pues siendo vosotros dos,
de quienes guardarla es fuerza,
si la buscais divididos,
mal puedo de otra manera. *vase.*
Fel. Sabrète tambien seguir
para matarte con ella:
espera, traydor, cobarde;
no huyas, hermana fiera. *vase.*

JORNADA SEGUNDA.

Sale D. Felix apresurado con la espada desnuda.

Fel. Ahogueme mi misma pena
al vèr soy tan desdichado,
que aunque el monte penetrè
por asperezas, y llanos,
no he podido tropezar
al que ha impedido, ù estorvado
vengar en mi hermana aleve
el injusto desacato:
ni à èl, ni à ella, ni à Celio
ha encontrado mi cuidado:
bolverè à correr el monte,
las selvas, el risco, el prado,
hasta lograr mi venganza,
dandoles la muerte à entrambos.
Vase, y sale Doña Isabèl de hombre
Isab. Toda Castilla he corrido
en busca de mis contrarios,
sin hallar noticia alguna
de la senda que han tomado,
despues que de su Lugar,
temiendome, se ausentaron.
Quando podrè, Santos Cielos,

lograr el fin deseado
de concluìr mi venganza
en estos crueles villanos,
bebiendoles la vil sangre?
que no menos inhumano
sacrificio està pidiendo
mi querido esposo amado,
muerto por la vil traìcion
de sus aleves hermanos.
Mi honor me pide lo mismo,
no obstante que no lograron
obscurecerle, pues basta
saber que lo han intentado,
por cuyas causas pretendo,
aun à pesar del cansancio
de tan dilatadas marchas,
no dexar monte, ò poblado,
que no examine mi aliento
hasta matarlos à entrambos.
Para assegurar mejor
de mis intentos el blanco,
dexè el trage mugerìl,
por este hombre; pues hallo,
que en un camino mi honor
està mas bien resguardado
de esta manera, y tambien
con èl desmiento el cuidado
de la Justicia que astuta
và mi persona buscando,
por las muertes que les dì
à Alonso, y Juan, mis contrarios.
En esta verde maleza
pienso dar treguas un rato
à mis penas, mientras Febo
declina un poco sus rayos,
pues me combida la sombra
de tantos frondosos ramos,
que verdes nubes del Sol
forman zelages opàcos,
para que puedan pacer
de su Carro los Cavallos.
Aquì una fuente alhagueña,
de peña en peña saltando,
combida à beber las flores,
que con sediento desmayo
se quexan de los rigores
del caloroso verano.
Las parleras avecillas
aqui con su dulce canto
forman nueva melodìa,
gozando el Fabonio grato,
que entre las hojas, y flores
està el compás señalando.
Pero ay de mì! que tambien
advierto entre gozo tanto
una alegre Tortolilla,
que à su esposo requebrando,
està avivando en mi pecho
el dolor, con que me hallo
por su desgraciada muerte,
motivo de mis quebrantos.
Aquì::::

Dent. Muera, pues intenta
defenderse temerario.

Isab. Què rumor es este, Cielos?

Fel. dent. Harèos dos mil pedazos.

Isab. Segun puedo divisar,
de este monte en lo intrincado
un Cavallero valiente,
con noble desembarazo,
de tres (sin duda ladrones)
se està defendiendo bravo.
No cumpliera con el brio,
con mi honor, ni con mi garvo,
si en tan evidente riesgo
no me pusiera à su lado,
mayormente quando el trage
infunde valor al brazo. *Entrase.*

Felix dentro, y luego salen.

Fel. Los Cielos, sin duda alguna,
os embian à mi amparo.

Dent. Mueran los traydores.

Isab. Mueran.

Dent. voces. El lance yà malogrado,
à la fuga nos precisa:
al bosque, amigos, bolvamos.

Salen.

Isab. Pues huyen yà, cavallero,
seguirlos no es acertado,
que quizás dentro del monte
tendrán otros embòscados.

Fel. Aunque no fuera por esso,
me precisára à dexarlos
la obligacion de atender
con mi sèr, y quanto valgo
à vos, que sin conocerme,
fino, valiente, y bizarro,
para libertar mi vida

os pusisteis à mi lado:
para poderos pagar
un servicio tan del caso,
es fuerza, que en otro favor
pretenda de vuestro garvo,
y es, que digais à quien debo
la vida, que en vos restauro.
Quitadme luego esta duda,
que al miraros tan bizarro,
tan galàn, tan bien dispuesto,
tan discreto, y cortesano,
juzgo, que Jupiter mesmo,
afable, valiente, humano,
humana forma vistiendo,
ha baxado à darme amparo.

Isab. Yo agradezco, cavallero,
que querais tan cortesano,
lo que à vos mismo os debeis,
atribuìrlo à mi brazo.
Juzgo, que si os viera Marte
blandir el hierro templado,
aun siendo Dios rezelára
le quitarais holocaustos;
pero en fin, pues que quereis,
como dixe, ser tan grato,
por si teneis que mandarme
en otro assumpto mas arduo,
yo me llamo Don Fadrique
Lara Zuñiga y Gonzalo:
he corrido ambas Castillas
en busca::: pero del caso
no os puede ser que refiera
mis sucessos desdichados.

Fel. Gusto no tendrè de oìrlos,
siendolo; pero si acaso
en algo os puedo servir,
Don Diego Alvarez de Castro,
Cavallero de Castilla,
espero que vuestro labio
me informe de vuestros males:
mi nombre, y mi patria callo, *ap.*
por lo que puede importar
al logro de mis cuidados.

Isab. Con el nombre que he fingido,
que estoy mas segura es llano;
y pues el trage tambien *ap.*
me dà mas desembarazo,
para obligarle à seguirme,
le dirè, sin hablar claro,
la causa de mi dolor,
y origen de mi quebranto,
que no sè por què motivo
me alegro de vèr su garvo.

Fel. En què os deteneis?

Isab. De todo quiero informaros,
yà que quereis escucharme.
Mi patria, amigo, es Buytrago,
la causa de mi viage
es el vengar un agravio,
que dos traydores me han hecho,
matando à un deudo cercano,
que tenia: perdonadme,
si me enternezco al contarlo,
que hace su oficio el amor,
con que nos queriamos ambos.
Mataronle (como os dixe)
alevosos à mi lado,
y no contentos con esto,
despues contra mi intentaron
injurias, que no pudieron,
arrojos, que no lograron;
pero informaros de todo
quiere, amigo, mas espacio,
y pues yá declina el Sol,
(si os pareciera acertado)
à esse cercano Lugar,
que desde aqui divisamos,
nos podrèmos retirar,
para descansar un rato:
en èl os referirè
lo que falta, y mientras tanto,
sabed aqui solamente,
que los que me han agraviado
yá estàn muertos à mi acero:
que fuera en mi honor reparo,
que sabiendo ya mi ofensa,
no supierais la vengado.
Vamos.

Fel. Perdonad, Fadrique,
que no puedo acompañaros,
pues aunque pierda la vida,
quiero valiente, arrestado,
penetrar de nuevo el monte:
que si vos estais vengado,
yo no, y dentro de èl se hallan
una aleve, y un tyrano,
à quien es fuerza que busque,
Fadrique, para matarlos.

 Isab.

Isab. Pues siendo de essa manera,
no penseis que he de dexaros,
que si oy la vida os he dado,
tambien os debo ayudar
à vengar vuestros agravios,
que la vida sin honor
no es tesoro para dado;
pero decidme, Don Diego,
una aleve, y un tyrano,
no dixisteis vos, que son?
Fel. Es cierto.
Isab. Penas, à espacio. *ap.*
Fel. Por què lo estrañais?
Isab. Por nada:
Pluguiera à los Cielos! Vamos.
Fel. Vuestra fineza agradezco
en querer ir à mi lado.
Isab. Pues no ay para què, D. Diego,
que desde que os he escuchado,
que ay muger en vuestro lance,
si quereis que os hable claro,
os sigo de mala gana.
Fel. Es vuestro dictamen raro;
tanto temèis las mugeres?
Isab. No, Don Diego; me dá ensado,
que no aya lance ninguno
sin mugeres. Yo no alcanzo *ap.*
la causa, que me dá pena
de vèr à este hombre empeñado
con otra.
Fel. Si lo sentìs,
yo no quiero disgustaros:
solo irè: quedad con Dios.
Isab. Yá mi palabra he empeñado,
con vos he de ir, Don Diego.
Fel. Creed, que siento cansaros.
Isab. Atravesemos el monte.
Fel. Calmense en èl mis cuidados,
vengando en los dos traydores *ap.*
este cruel sobresalto,
para que pueda despues,
à Doña Isabèl buscando,
matar tambien al aleve
que la viene acompañando. *vase.*
Isab. Entre diversas passiones
padezco cruel naufragio;
pero seguir à Don Diego
determino en todo caso. *vase.*

Sale Leonor.

Leon. Huyendo, sin saber donde,
de la furia de mi hermano,
he corrido todo el monte,
en mi muerte tropezando.
En què pararìa, Cielos,
el empeño en que he dexado
à aquel hombre, que por mì,
valiente, altivo, y gallardo,
su vida expuso? Parece
que aqui cerca suenan passos:
si serà mi hermano? Ay, Cielos!

Sale Don Juan.

Juan. Aquella muger buscando,
que me empeñò en su defensa,
he corrido monte, y prado:
infeliz soy, si la pierdo,
pues su riesgo no restauro;
pero esta es: albricias, alma.
Leon. No es este el que me ha librado?
èl es: dichosa he sido!
Pero, Cielos, si mi hermano
acaso perdiò la vida?
recelo cruèl, è inhumano!
Juan. Decidme:::
Leon. Decidme vos,
en què aquel lance ha parado,
en que por favorecerme
os he dexado empeñado?
Juan. En que los dos, que querian
ofender lo celebrado
de tu singular belleza,
para lograrlo à su salvo,
à pesar de mi defensa,
divididos se empeñaron,
el uno en hacerme frente,
y el otro en ir à buscaros:
yo, viendo vuestro peligro,
para hallarme à vuestro lado,
le bolvì astuto la espalda,
para ser primero à hallaros,
y defenderos de entrambos
en el caso que os encuentren;
y pues todo lo he logrado,
en veros en este sitio
nada os pueda dár cuidado.
Leon. Yo estimo vuestra fineza;
mas yá que està tan cercano
esse Lugar, cavallero,
bien

bien podeis aqui quedaros,
que en èl podrè assegurar
mis sustos, y sobresaltos.
Juan. No me digais, que me quede,
pues ya me miro empeñado
en ir con vos al Lugar,
ò donde quiera que vamos:
Cavallero soy, señora,
bien podeis de mì fiaros,
que os servirè tan atento,
politico, y cortesano,
que hasta de mis pensamientos
doy palabra de guardaros.
Leon. Essa palabra os recibo,
y en fé de ella, vuestro amparo
admito. *Juan.* Segura estais.
Leon. Hallandome ya en el caso *ap.*
de que mi hermano pretende
colerico, è irritado
darme la muerte, imagino,
que conviene à mi resguardo,
que me acompañe este hombre,
mientras depone lo ayrado;
y si he de decir verdad,
no he sentido el encontrarlo.
Juan. No sè què nuevo desvelo, *ap.*
desassossiego, ò cuidado,
se ha introducido en el alma
despues que he visto su garvo,
que de Isabèl la belleza
và en mi memoria borrando.
Leon. Yà que seguirme quereis,
por este camino vamos.
Despacio, cuidados mios, *ap.*
mirad el riesgo en que estamos
de que el agradecimiento
pise la linea de agrado. *vase.*
Juan. Amor, si esta es nueva pena,
dame tu favor, y amparo,
sepa una vez ser dichoso
quien fue tantas desdichado. *vase.*
Salen Don Felix, y Celio.
Fel. Què dices, Celio? (ay de mì!)
no pudiste oir, ni vèr
donde mi hermana se oculta,
ni aquel aleve, è infiel,
que dexò la lid pendiente,
para seguirla tambien?
No corriste trás de entrambos?
Pues còmo, dì, puede ser,
que no los viesses? *Cel.* Señor,
lo espeso del monte vès,
y te causa admiracion
que los llegasse à perder?
Vive Dios, que el encontrarlos
agazapados en èl,
es obra dificultosa
para un podenco, ò lebrèl:
con que à tì, señor, por poco
te quitan allà la piel
los gatos, que en aquel monte
te salieron al travès?
Fel. Robarme, y matar quisieron,
y estuvo por suceder
uno, y otro, si no fuera
por un hombre, que fiel,
poniendose al lado mio,
restaurò el riesgo cruèl.
Dice se llama Fadrique
de Lara y Zuñiga, y es
hombre de insigne valor,
galán, valiente, y cortès:
vino conmigo hasta aqui,
en el Meson le dexè
para salirte à buscar.
Cel. Tu fortuna grande fuè
en hallar quien te amparàra
de tanto gato montès.
Fel. Antes guardarme la vida
creo que crueldad fuè,
para que pueda sentir,
y sin morir padecer
tantos injustos agravios
como fomenta Isabèl,
como ocasiona Leonor,
y aquel tyrano cruèl,
que la librò de mis iras.
Dì, Celiò, què puedo hacer
cercado de tantas penas?
Cel. Tener paciencia, y comer,
passearte bien, y dormir,
que Leonor, à mi entender,
ya se avrà buelto à su casa,
pues lo que la traxo fuè
solamente la camorra
de la maldita Isabèl,
y su galàn, que à los dos
nos hacen andar qual vès.

El

El miedo la hizo eſcapar
de tì : no tienes por què
temer de Doña Leonor
el injuſto proceder :
lo demàs ſe compondrà,
ſi ſe puede componer ;
y para que te diviertas
un poco , oye , y te dirè
lo que aqui me ha ſucedido
deſpues que ſin tì lleguè.
Fel. Denme treguas mis peſares !
Cel. Aviendo corrido bien
por hacer lo que mandaſte,
ſin que me ſirva el correr,
pues Leonor ſe agazapò,
yo no sè donde , ni en què :
lleguè , ſeñor , al Lugar
con una hambre , que à mi vèr
ſe las podria apoſtar
à la de un Conde , ò Marquès,
que con titulo de Anillo
es ſu renta el no comer :
para llenar mi gazuza,
que me iba dando cordèl,
comì puercamente mal,
paguè limpiamente bien,
que ſon las dos circunſtancias,
que las poſadas ſe vèn :
ſalìme deſpues à andar
por el Lugar, y encontrè
una Serrana , ſeñor,
de eſtas que en el Lavapies
ſuelen llamar de chupete,
para encarecerlas bien :
ella tiene un zarandillo,
un meneo , ò no sè què,
que à mi , con ſer un ſalvage,
por poco me hizo caer.
Para informarte mejor,
pintarla quiero eſta vez,
ſin valerme de diamantes,
oro , plata , que à mi vèr,
dama de eſtos minerales,
pareciera Lucifer.
Era ſu pelo algo rubio,
y blanco un ſi es , ò no es,
que ſi fuera todo rozo,
Judas pleyteàra por èl.
Su frente proporcionada,
nada foſca , ni cruèl,
eſpacioſa , y ſin arrugas,
que en la frente ſuelen ſer
unas ſeñales ſeguras
de mal genio en la muger.
Ojos grandes , niñas negras,
que eſtas ſon , à mi entender,
las que ſe llevan la palma,
no verdes , ni gris de fer:
que niñas de eſtos colores
en los gatos eſtàn bien.
Negras cejas les ſervian
de tapete , ò de doſél;
y era de vèr qual lucian
ſobre ſu candida piel.
La nariz era afilada,
ſin que tuviera que vèr
con Roma , ni con Vizcaya,
pues corta , ni larga fuè.
La boca un poco pequeña,
ſin que fuera meneſter
fruncirla , como lo hacen
unas viejas , que yo sè.
Sus labios en el color
eran un roxo clavél,
ſin hacerla las dobleces,
que hacen ſus hojas en èl.
Los dientes eran menudos,
y de perfecto nivèl,
ſin que tuviera el aljofar
que hablar allì , ni que hacer.
Las mexillas ſonroſadas,
aunque en eſtilo cortès,
pues dexaban que aſſomaſſe
de ſu blancura la tèz.
Su cuello no era cigueña,
ni tampoco enano es,
enmedio de ambos quedò,
para mejor parecer.
Su talle del miſmo modo,
ni largo , ni corto fuè,
ſabiendo que los extremos,
nunca han parecido bien.
Aquì ceſſa la pintura,
que no me quiero meter
en pintar lo que no vì,
que no es razon que el pincèl
ſe meta aqui à deſcubrir
lo que ocultaba cortés

el

el pañuelo, y la cotilla,
delantal, y guardapies.
Informème en la posada
de quien era esta muger,
y no me dieron razon:
luego, señor, te busquè,
para que vamos à verla,
para probar para vèr
si se alivian tus pesares,
ò se entretienen tal vez:
que no ay remedio mas util,
segun llego à comprender,
para borrar una pena,
como una hermosa muger.

Fel. Tanto me la has ponderado,
Celio, que yà la verè,
para mirar si confronta
su beldad con tu pincèl,
y harè treguas al pesar,
si es que en èl las puede aver.
Vamos, Celio, que à Fadrique
tengo que buscar despues;
y te advierto, que mi nombre
es Don Diego para èl,
que por no ser conocido,
el mio de Felix callè.

Cel. De todo quedo enterado.
Vamos, que yo la dexè
à la dicha en esta calle:
veràs, señor, què muger. *vanse.*

Sale Doña Isabèl vestida de Serrana.

Isab. A no experimentar oy
en mì de Amor el poder,
de su grandeza dudara,
no tuviera fè con él:
aora penetro la causa
por què le pintan tal vez
ciego; y es porque bendado
adora sin saber què,
Aora he comprendido yà
la razon que puede aver
en decir, que son de fuego
sus armas; pues veo que
solo tardan en herir,
lo que se tarda en un vèr.
En mi pecho, (ay infelìz!)
todo lo experimentè,
pues luego que à Diego vì
à su talle me inclinè,
ciega le empecè à adorar
antes de saber quien es.
Rayo ha sido para mì
de sus voces lo cortés,
por cuya causa abrasada,
rendida à su gentilèz,
para obligarle à mi amor,
de hombre el disfràz dexé,
para hacerme encontradiza,
en habito de muger,
al estilo que acostumbran
en este paìs, para vèr
si quien me ama por Fadrique,
me ama ppr dama tambien.
Pero ay loco desvarìo,
tyrano amor, y cruèl!
para què has de emprender, dì,
lo que luego ha de bolver
en sentimiento mayor,
es mas duro padecer,
si contemplas, que me dixo,
quando le libré fiel
del peligro en que le vì,
que en busca de otra muger
andaba triste, y zelozo?
Pero puedes responder,
que lo ciego del Amor
en esto se echa de vér,
que el que mira inconvenientes,
muy poco llegò à querer.

Salen Don Felix, y Celio.

Cel. La muger que te he pintado,
señor, es essa que vés.

Fel. Aora, Celio, reconozco,
que quedò corto el pincél:
un assombro es de hermosura!

Isab. Cielos, no es Don Diego aquel?
yà en mì ha hecho reparo:
valgame, Amor, tu poder.

Cel. Dile algunos arrumacos,
si te parece tan bien:
desecha un poco el pesar,
que yo tambien voy à vér,
por no hacerte mala obra,
si me puedo entretener. *vase.*

Fel. De Fadrique es un retrato
la peregrina muger!

Isab. De Adonis es semejanza

en lo gentil, y cortés!
Fel. Si me atreverè à hablarla?
pero en què me pàro, en què?
Bellissima Labradora,
honor de aqueste orizonte,
eres Diana de este monte,
ò de dos valles Aurora?
Pero mal dixe, señora,
perdona el rudo concepto,
que si reparo à el efecto
de tan ardiente arrebòl,
errè en no llamarte Sol,
que es tu debido epitecto.
Dònde tan sola, y tan bella
caminas tan de mañana?
aunque siendo Diosa humana,
te acompañarà tu estrella;
pero ninguno ha de vella,
porque si bien se repara
en el primor de essa cara,
que al mismo Sol le dà enojos,
fué fuerza que al vèr tus ojos,
toda Estrella se ausentàra.
Isab. Atordida he estado oyendo
(para conformarme assi *apart.*
con el trage que vestì,
fingirme ruda pretendo)
vuestra voz, y no la entiendo:
discretazo cortezano,
no me veis patas, y mano,
cara, y sayo de moger?
pus còmo podeis creer,
que só Estrella, ò Dios humano
Es cierto que el otro dia
el Barbero del Logar,
hombre, que en relacionar,
se llas apuesta à mi tia,
alcanzò por Cerugia,
que yo era linda, y hermosa:
(ai es nada) como rosa,
pero no como Doñana,
ni essotra Aurora, ò manzana,
que dixo aqui vuestra prosa.
El Albeytar de lla Villa,
que es Theològo afamado,
y diz que està enamorado
de mì hasta lla tetilla,
vìendome un dia en cotilla,
por decirme un resquebrazo,
sos de llas flores un mazo,
(dixo) entre ballenas puesto;
pero con todo, yo apuesto,
que sois vos mas llatinazo.
Fel. Ademàs de ser hermosa,
tienes gracia singular:
tu llama me hace cegar,
como simple mariposa.
Qué importa, muger preciosa,
que te hagas desentendida
à la aclamacion debida,
que tu belleza merece,
si de mirarte adolece
el alma, de Amor rendida?
Isab. Acaso soy peste yo,
ò Basilisco cruel,
que el Cura hablandonos de él
diz que con mirar matò?
Fel. No sois Labradora, no,
tan simple, como os haceis:
conozco que me entendeis,
y que al mirarme abrasado,
quereis burlar mi cuidado
con el chiste, que teneis.
Isab. Si tan abrasado està,
rhetorico cavallero,
por què con passo ligero
àcia el rio no se và?
allì se refrescarà,
si es que tiene callentura:
assi diz que lo hace el Cura,
quando le afige el calor,
y buelve que es un primor
tentar despues su frescura.
Fel. Quien mira en tu hermosa man
acrisolada la nieve,
con ella à templar se atreve
incendio tan inhumano.
Isab. Teneos, que al Cerujano
solo, hermano, se lla doy,
y esso quando mala estoy,
que lla muger, si es honrada,
solo al querer ser casada
lla dà al novio oy por oy.
Fel. Esse es estraño rigor:
si tanto desdèn gastais,
por què, decid, obligais
con tal violencia al Amor?
Isab. No he visto chiste mayor!

No me aveis visto jamàs,
y quereis, sin mas ni mas,
hacerme creer de repente,
que me amais adredemente?
vos sois mas tonto que Bràs.
Fel. No sabeis, que para amar,
un solo momento basta;
rayo es Amor, que contrasta
el mas remoto lugar:
no teneis, pues, que admirar,
que rindan mi corazon
rayos, que tan bellos son;
que si bien se considera,
aun el mismo Amor rindiera
à ellos sus flechas, y harpon.
En mì concurren tambien,
à mas de vuestra belleza,
para amaros con firmeza,
motivos, que me estàn bien,
pues en vos mis ojos vèn
un verdadero retrato
de un fiel amigo, que grato
ayer mi vida librò:
con que à no adoraros yo,
no ay duda que fuera ingrato;
pero si bien lo reparo,
aunque os pareceis los dos,
no juzgo que es como vos,
tan tyrano, ò tan avaro,
pues de èl recibì el amparo
de mi vida perseguida;
pero vos, bella homicida,
aunque fallecer me veis,
con vuestro desdèn creceis
los martyrios à mi herida.
Isab. Pues acabarais yà
de descobrir lla razon
de esse amor: en conclusion,
segun yo comprendo acà,
vos me quereis, claro està,
porque yo sò parecida
al que os ha dado lla vida?
pus idos en hora mala,
que aunque sò pobre Zagala,
por mì quiero ser querida.
Fel. Pues que os perjudica aqui,
que os ame, por dos razones,
si se doblan ocasiones,
mas os vengo à amar assi.
Isab. Sepa de vos para mi,
siquiera para consuelo,
còmo se llama el mozuelo,
que os sacò de aquel despique.
Fel. Es su nombre Don Fadrique,
de vos un vivò modèlo.
Isab. Pus esse es un Cavallero
de Buytrago natural,
y es primo mio carnal:
vos, señor, segun infiero,
sos aquel faramallero,
que de lladrones librò?
Fel. Quièn tal noticia te diò?
Isab. Esse primo, que has nombrado
Tambien diz que enamorado
de otra, que te lla pegò,
porque con otro se ha ido,
de puro zeloso, loco,
andas haciendola el coco:
todo, amigo, llo he sabido;
y pus yo jamàs he sido
suple faltas de nenguna,
busque luego su fortuna,
no se quiebre lla cabeza,
que no se hizo mi firmeza
para amantes de la tuna.
Fel. Essa sospecha zelosa
pudiera satisfacer,
con que llegueis à saber,
que no os importa à vos cosa
la muger, que mi rabiosa
còlera viene siguiendo;
pero al oiros entiendo,
que Fadrique entendiò mal
mi dolor.
Isab. No ay tal, amiga, no ay tal;
que yo tambien llo comprendo,
sé que vos me estais mintiendo,
no entiendo de mas folìas:
quedaos à buenos dias.
Fel. Mirad que os he de ir siguiendo.
Isab. Que sois loco voy creyendo;
à lla otra podeis buscar.
Fel. No teneis, no, que porfiar,
quando os adoro à vos sola.
Isab. Quereisme hacer lla mamola?
no me lla aveis de pegar.
Se quedan hablando, y sale D. Juan.
Juan. Despues que vi aquella dama,

mi corazon no sossiega:
pero què miro? ay de mì!
Essa muger, essa fiera,
que con un hombre està hablando,
no es Isabèl? ay mas penas?
pues què aguardan mis rigores,
mis enojos à què esperan,
que no vengan de mis zelos
tan no esperadas sospechas?
Cavallero? *Fel.* Què mandais?
Juan. Ninguno tiene licencia
para hablar con essa dama,
à menos de que pretenda
morir. *Fel.* Sino yo, que quiero....
Isab. Ay de mi! *Fel.* Daros la pena
de vuestra loca arrogancia;
y pues, segun vuestras señas,
sois el mismo que este dia,
para que à otra no siguiera,
me acuchillasteis sobervio,
vengarè entrambas ofensas.
Juan. Huelgome, que vos seais,
para que hagais experiencia,
que el huìr de vos entonces, *riñen.*
no fue porque miedo os tenga.
Isab. Que viniesse à tan mal tiempo
Don Juan? pero como pueda
mudar el trage, yo harè
se desmienta su sospecha. *vase.*
Fel. Que tanto tarde en matarte!
Juan. Que tanto te me defiendas!
Fel. Herido estoy, (ay de mì)
y siendo en la mano derecha,
no es possible que maneje
la espada: terrible pena!
Juan. Vete à curar al Lugar,
que luego que convalezcas
nuestro duelo seguirèmos.
Fel. Dame la muerte, què esperas?
Juan. Nunca se venga en rendidos
el que de noble se precia:
en curandote la herida,
nos veremos donde quieras.
Zelos, vamos à sentir
las mudanzas de Isabela;
aunque yà desde que vì
aquella nueva belleza,
es muy ligera la herida,
es muy suave la pena. *vase.*
Fel. Yo os buscarè: ay de mì!
y què cruel es mi estrella,
pues uniò contra mi pecho,
sobre cùmulos de ofensas,
para maltratarme mas,
amor, zelos, y sospechas. *vase.*

JORNADA TERCERA.

Sale Doña Isabèl de hombre, Don Felix, y Celio.

Isab. Don Diego, què me decís?
Aquel breve, y corto tiempo,
que estuve ausente de vos,
tuvisteis tantos sucessos?
Fel. Si, Don Fadrique, y creed,
que aunque admirarme pudieron
todos, me suspendiò el vèr
lo parecida en extremo,
que es à vos la Labradora,
que os he dicho: sus acentos,
sus palabras, sus acciones,
su talle, cara, y gacejo
son vuestros de tal manera,
que yo, Don Fadrique, pienso,
que semejante prodigio
los antiguos no le vieron;
y si la còlera mia,
por un desgraciado encuentro,
permitiera à mi memoria
su belleza encareceros,
os diria, que es tambien
de la hermosura no portento.
Isab. Al fin oygo mi alabanza, *ap.*
sin que se mezcle el recelo
de las lisonjas. Su garvo
ponderais con tanto extremo,
que yà en mi pecho tambien
dispertasteis el deseo
de mirar esta belleza:
que al fi, si nos parecemos,
de la senda del agrado
nos hallamos poco lexos,
que siempre la semejanza
ha sido madre de afectos.
Fel. Bueno es, señor Don Fadrique,
que vengais à mì con esso,
quando la dama que nombrò
tiene

tiene con vos, quando menos,
el parentesco de prima.

Isab. Jesus, y què desacierto!
prima mia, quando yo
en todo el mundo la tengo?
quien os dixo tal error?

Fel. Fadrique, su labio mesmo:
no teneis, no, que fingir,
que mal puede ser incierto
sois su pariente, y tambien
que la aveis visto; y lo pruebo,
en que ella me diò razon,
no solo del Lugar vuestro,
sino tambien de apellido,
y nombre; y para que hablemos
con claridad, Don Fadrique,
(averlo de decir siento)
me ha referido ella misma,
que vos fuisteis en efecto
quien me libertò valiente
en el monte de aquel riesgo,
sin que dexàra en olvido
lo que os referì en secreto,
de que seguia à una dama;
pero dexèmonos de esto,
y vamos à que no podia
sin vos, Fadrique, saberlo.

Isab. Hareis que pierdo el juicio
con semejante embeleco.
Os juro por vida mia.
que yo tal prima no tengo,
que con tal muger no hablè
ninguno de essos secretos.
El tiempo que me apartè
de vos, que fuè corto tiempo,
anduve por el Lugar
viendo sus Plazas, y Templos.
Bolvì al Meson à buscaros,
sin tener ningun encuentro,
ni hablar à persona alguna:
Don Diego, podeis creerlo.
De este modo le confundo, *ap.*
pues aunque busque argumentos,
con no conceder ninguno,
en su duda le mantengo.

Fel. O yà estoy loco, Fadrique,
ò quereis que llegue à serlo:
es possible que negueis
un hecho tan manifiesto?

Cel. A mì tambien me parece
que tiene razon Don Diego:
si acabado de llegar
has tenido esse tropiezo
con la Serrana, que ha sido
causa de que macilento,
y herido buelvas à casa,
(que esto es lo que recojemos
de andarnos tràs de bonitas)
en què lugar, ò en que tiempo
la avia de hablar Don Diego? *para contarle la historia*

Fel. Calla, Celio, no pretendas,
que apurado el sufrimiento,
haga que pagues aquì
el disgusto, que yo tengo.

Cel. No pienso hablar mas palabra,
que los amos (caso es cierto)
despican con los criados
el mal humor de su genio.

Isab. Estad, Don Diego, seguro
que os hablo sin fingimient
essa Serrana, sin duda,
por algun estraño medio
supo mi nombre, y mi patr...
y tambien vuestros sucessos,
y por enredaros dixo,
que de mi llegò à saberlos:
qué se ha hecho essa muger?
busquemosla los dos luego,
y vereis como es verdad,
que todo es un puro enredo.
Vamos. *Fel.* Es buena porfia,
y aun extravagante empeño:
còmo quereis que yo encuentre
essa muger, quando es cierto,
que ignoro donde reside,
si es de este, ò de otro Pueblo.

Isab. Y por què no la seguisteis!

Fel. Por el causal empeño
de un forastero, que ayrado,
de enojo, y colera ciego,
viendo que conmigo hablaba,
contra mi esgrimiò el acero:
reñimos los dos valientes;
pero el hado, siempre opuesto
à mis dichas, esta herida
me hizo sacar de este duelo,
que aunque pequeña, bastò
à que quedàra suspenso:

desayre, que me ha costado
mas dolor, mas sentimiento,
que si perdiera la vida
à la crueldad de su acero.
En este lance la dama
se fuè de entrambos huyendo:
yo quedè con mi contrario
en que los dos nos busquemos
luego que convaleciera;
y pues yà lo logrè, quiero
vèr donde puedo encontrarle
para acabar este empeño,
y otro, que tengo con èl
por otra causa suspenso.
Isab. Entretenerle me importa, *ap.*
para embarazar su riesgo.
Aora, Don Diego, no estraño
semejantes embelecos:
muger, que hablando con uno,
yà tiene à otra en acecho,
me lleve Dios à los Cielos,
si no fuesse una embustera,
y quizas corto me quedo.
Con hablar assi de mi, *ap.*
sus sospechas desvanezco.
Fel. Una cosa es, Don Fadrique,
que estandoos aqui oyendo,
pierda, como, yà os he dicho,
el juicio, y entendimiento,
y otra, que vos agravieis
con esse indigno concepto
à la dama de que hablamos:-
Isab. Gracias à mi fingimiento: *ap.*
avrà gusto semejante?
Fel. Que aunque noticia no tengo
de su calidad, y sangre,
noble, y virtuosa la creo,
sin que concurra mas causa,
que su semblante; pues pienso
dispone la Providencia
sea rasgo manifiesto
el malo de la maldad,
y de la virtud el bueno.
Isab. Perdonad, si os disgustè,
que yo enmendarme prometo,
pues yà de vuestras razones,
Don Diego, voy coligiendo,
que la Serrana se ha entrado
por medio de vuestro pecho.
Fel. Si os he de hablar con verdad,
Fadrique, no ay duda en esso.
Isab. ap. Albricias, amor. Ay mas
de que los dos procurémos
buscarla con diligencia?
pues por impossible tengo,
que en este Lugar, ò en otro
no la encontremos, D. Diego,
y mas si nos separamos,
distintas sendas siguiendo:
que si à mì es tan parecida
como me decìs, no puedo
engañarme, si el acaso
me la pusiesse al encuentro:
en este mismo Lugar
juntarnos despues podemos
à darnos mutua razon
de exito de este empeño.
Fel. Assi sea, Don Fadrique;
pero primero pretendo,
buscando al contrario mio,
vengar la herida que tengo.
Isab. Dexadlo para mañana.
Fel. A vos, qué os importa esto?
Isab. A su tiempo os lo dirè.
Fel. En todo he de obedeceros.
Isab. Vamos, pues; pero tened,
(assegure assi mis zelos)
no me dixisteis ayer,
que vos veniais siguiendo,
no sé si amante, ò zeloso,
una dama? Yo sospecho,
que si despues la encontrasseis,
y os mirasseis satisfecho,
que el amor de la Serrana
se desvanesca en el viento,
pues siempre al segundo amor
hace ventaja el primero.
Fel. Nada de esso rezeleis,
que la que iba yo siguiendo
no era mi dama, Fadrique,
ni es dable que pueda serlo. *vase*
Isab. Està bien, el Cielo os guarde.
Albricias, Amor, pues vemos
casi cierta la victoria
à que aspiran mis deseos.
O bien huviesse el disfràz,
que ha logrado à mis desvelos
saber que yà corresponde

à mis

à mis caricias Don Diego!
Pero esta dama que sigue,
aùn altera mi sossiego,
dudando si en este assumpto
me està engañando, ò mintiendo.
El modo de assegurarme
es vèr, si acaso de Celio
puedo saber de una ves
lo que ay aqui de mysterio.
Celio, à mì me importa saber,
què dama es la que à Don Diego
le cuesta tantos cuidados:
yo sabré guardar secreto
de modo, que nunca alcance,
que de ti pude saberlo;
y si dices la verdad,
te pagarè con excesso.
Cel. Rebentando estaba yà
para contar este cuento,
que faltàra à ser criado,
si no estuviera dispuesto
à contar, siempre que ocurra,
de mis amos los secretos.
Si antes me lo preguntàras,
no te costàra el dinero;
pero pues ya lo ofreciste,
venga la mosca, y parlemos.
Isab. Veinte doblones cabales
en esta bolsa te ofrezco.
Cel. No ay criado, que aya hablado
en su vida à tanto precio:
de todo te darè cuenta.
Isab. Empieza, que yà te atiendo.
Cel. Lo primero, Don Fadrique,
que has de saber de mi cuento,
es, que Don Diego de Castro,
esse à quien estoy sirviendo,
no se llama assi, sino:-
Isab. Què? *Cel.* Don Felix de Toledo.
Isab. Què es lo que escucho? Ay de mi!
esse que dices es cierto?
Cel. Como dos, y tres son cinco.
Isab. Pues còmo (mortal estoy!)
dixo llamarse Don Diego?
Cel. Don Fadrique, el caso es esse:
mudo el nombre con intento
de buscar à cierta dama,
cuyo nombre, si me acuerdo,
es Isabél, (malos lobos
meriendan oy con su cuerpo,
pues es ella quien nos trae
por cerros, y vericuetos)
que acompañada de un hombre,
galàn, marido, ò cortejo,
(que ay muy poca diferencia
de uno à otro en estos tiempos)
matò à dos hermanos suyos,
porque tyranos, y fieros
le mataron à su esposo,
segun dice, con intento
de sobstituìr el oficio,
que en ella tenia, ellos.
No contenta aquesta dama
con vengar, señor, su entuerto
en los dos que lo intentaron,
nos remitiò un mensagero
à casa, para decirnos
què con el sepulturero
nuestro entierro se ajustàra,
pues quiere sin cumplimiento
matarnos, sin dexar rastro
de la sangre de Toledo.
Con esta noticia, al punto,
para evitar tanto riesgo,
dispuso el irla à buscar,
su patria, y nombre fingiendo;
dexòse en casa à su hermana
Doña Leonor de Toledo;
pero luego que nos fuimos,
picada, segun yo pienso,
de que sea una muger
quien nos echò tantos fieros,
emprendiò viage tambien
para quitarla el pellejo.
Encontròse con Don Felix,
el que enojado, y colerico
de que mirasse tan poco
por su honor, y su respeto,
procurò darla la muerte:
se atravesò un majadero
à librarla, que no falta
para estos lances un necio,
que por librar una dama
exponga assi su pellejo:
ella con esto afufò,
y aunque yo la fui siguiendo,
no la hemos visto despues;
y aqui finaliza el cuerpo,

por

por el que tu sabes yà,
à costa de tu dinero,
quien es la dama que sigue
Felix con nombre de Diego,
y lo que nos hace andar
como Andantes Cavalleros:
si alguna otra cosa dudas,
pierde, Fadrique, el rezelo.
que como yo no la ignore,
has de quedar satisfecho;
porque se me hace conciencia,
por tan ligero secreto,
y tan corta relacion,
llevarme tanto dinero. *vase.*

Isab. A quien sucedio jamás
lo que me està sucediendo!
Yo, que he dexado mi patria,
y he abandonado mis deudos,
sin reparar en peligros,
sin hacer caso de riesgos,
à fin de vengar sangrienta
en Don Felix de Toledo,
y Doña Leonor su hermana,
el rencor, el odio fiero,
que tengo contra su sangre
desde aquel infeliz tiempo
en que aleves sus hermanos,
con la muerte de mi dueño
intentaron de mi honor
hacer barbaro trofeo:
yo, que al mirar à mi esposo
difunto cadaver yerto,
jurè no embaynar la espada
hasta derribar al suelo
quantas vidas alentassen
con la sangre que aborrezco:
yo en fin, que de Don Juan
he permitido el cortejo,
mas para que me ayudàra
al logro de mis intentos,
que no porque le estimasse
para mi esposo, ò mi dueño:
he llegado à enamorarme
(con què rubor lo refiero!)
de Don Felix, que creì
ser, con nombre de D. Diego,
digno objeto de mi amor,
de mi passion digno objeto?
Yo he hecho indigna traicion
à mi patria, à mis deudos,
de mi esposo à la memoria,
y de Don Juan al afecto,
es verdad; pero si errada
caì en tanto desacierto,
recupereme advertida,
yá que llegan à buen tiempo
las luces del desengaño,
y avisos de entendimiento:
salga, pues, del corazon
esta passion, este fuego,
que apoderado del alma,
à todas està venciendo:
siga mi noble venganza,
vengue mi difunto dueño,
muera à mi acero Don Felix,
pague en agradecimientos
las finezas de Don Juan;
no digan de mi los tiempos,
quando se cuente esta historia,
si tanta passion no venzo,
que en vano es querer venganzas,
si Amor se pone por medio. *vase.*

Salen Doña Leonor, y D. Juan.

Leon. En vano os cansais. Don Juan:
no ha faltado quien me cuente,
que ayer por una Serrana
reñisteis cruèl, y valiente;
y assi, pues tales cuidados
desassossegado os tienen,
no teneis, digo otra vez,
que hablarme mientras viviere.

Juan. Si supieras, Leonor bella,
quan poco en esto te ofende
mi amor, tèn por cosa cierta,
que fueras menos rebelde,
La dama por quien reñì,
si quieres que lo confiesse,
es cierto, que en algun tiempo
algunos afectos leves
le debiò à mi inclinacion,
por lo que pude atreverme
à venirla acompañando
desde su Lugar á aqueste;
pero aviendo conocido
con el trato sus crueles
desarregladas passiones,
que à las venganzas la impelen
aun mas allà de los limites,

que les prescribe la muerte,
poco faltò à que el afecto
en odio cruèl se trueque.
El reñir por ella ayer
corto cuidado merece,
pues basta averla querido,
sea del modo que fuesse,
para que al verla con otro
mi còlera se destemple.
En fin, hermosa Leonor,
no sè que pueda ofenderte,
que otra aficion me llevára
antes de llegar à verte.
Leon. Què escucho, Divinos Cielos? *ap.*
En esta dama convienen
de Isabèl todas las señas:
què serìa si ella fuesse?
Sin darme por entendida,
antes que de aqui me ausente,
harè por averiguarlo;
y en caso que se evidencie
la sospecha, lograrè,
dandola altiva la muerte,
vengar mi sangre ofendida;
y quando la fama cuente
à mi hermano este sucesso,
conseguirè facilmente
su perdon, quando repare
que le he vengado valiente.
Juan. Mi satisfacion, Leonor,
muy poco contigo puede,
pues ni una sola palabra
ha conseguido deberte.
Leon. No soy yo muger, Don Juan,
tan simple, ò tan inocente,
que tan frìvolas disculpas
basten para convencerme.
Buscad, Don Juan, essa dama,
que pues sentìs la festejen,
no ay duda que de su amor
aùn viven en vos calientes
las cenizas, y aun quizàs
de su Vesubio la ardiente
llama, que à no ser assi,
tengo por cosa evidente,
que no tuvierais vos zelos,
que efectos son puramente
del Amor, y sin la causa
efectos ayer no puede.
Bien pudiera yo decirlo, *ap.*
si à la voz le permitiesse,
que declarasse el incendio
de que mi pecho adolece,
recelando que Don Juan
por otra dama me dexe:
y hasta assegurarme bien
de estas sospechas crueles,
y de si es Doña Isabèl
mi enemiga la que viene
con Don Juan, no he de mirarle,
no he de hablarle, no he de verle. *v.*
Juan. Irritada và Leonor,
seguirla mi amor resuelve,
para templar sus enojos,
para ablandar sus desdenes.
Què dirìas, Isabèl,
si esta mudanza supiesses?
Pero què digo? no es ella
la que mudable, y aleve
ayer con el forastero,
con disfraces indecentes,
hablaba, ofendiendo fiera
mis finas ansias corteses?
Pues pruebe el mismo veneno,
quando miràre impaciente,
que pues me dexa por otro,
que yo por otra la dexe. *vase.*

Sale Doña Isabèl de muger, como en la primera Jornada.

Isab. Esto ha de ser, valor mio,
à Felix he dar muerte,
en venganza de la injuria
de sus hermanos aleves.
Con mi proprio trage vengo,
porque mi saña no quiere
valerse aquì de disfraces,
para que sea patente
mi venganza á todo el mundo,
quando mi historia leyere.
Morira, viven los Cielos,
por mas que el Amor intente
suspender de mis rigores
la inagotable corriente.
Esta passion de venganza
ha de ser en mì perenne,
sin que se cuente por ella

lo

lo que dicen vulgarmente,
que en vano es querer venganzas,
quando Amor passiones vence.

Leon. Què de acasos en el mundo
à todas horas suceden!
digalo yo, pues he andado
tantos dias impaciente,
à causa de averiguar
quien aquella muger fuesse,
qne pretendia matarnos,
sin encontrar la mas leve
noticia, y en este punto
he sabido casualmente,
que vive en esta posada,
y que este quarto es su alvergue;
y pues mi intento es matarla,
en què el valor se detiene? *Sale.*
Dios os guarde, noble dama,
y decidme, si ser puede,
(porque me importa) si sois
Doña Isabèl de Paredes?

Isab. Jamàs ocultè mi nombre:
yo soy, decid, qué se ofrece?

Leon. Dicha fuè no equivocarme;
yà el corazon se enfurece:
decidme, sois de Castilla?

Isab. Si soy: decid brevemente,

Leon. Conocisteis por acaso
en alguu tiempo, aunque breve,
à Don Juan, y Don Alonso
de Toledo y::- *Isab.* Suspende
la voz, y no tus palabras
sus viles nombres me acuerden,
que puede ser que irritada
en tì mi rencor se vengue.

Leon. Para irritarte lo digo,
que aunque pude facilmente
aquì quitarte la vida
sin que defensa tuviesses,
no consiente mi valor,
que de esse modo lo intente:
al punto saca la espada,
y mira si te defiendes,
que soy Leonor de Toledo.

Isab. No pudiera sucederme
aunque le fuera à buscar,
acaso, que mas desee,
para vengar de una vez
los rencores, que me ofenden
para matar à Don Felix
se disponia mi fuerte
brazo, y es fortuna mia,
que à tì primero te encuentrè,
para que despues, Leonor,
nada por hacer me quede.

Leon. Mayores causas me assisten
para alegrarme, si atiendes,
que aviendote yo encontrado
antes que con èl tropieces,
à èl le ahorro un peligro,
y à tì, que vayas à verle.

Isab. Las obras lo han de decir,
Leonor, las palabras cessen. *riñ.*

Leon. Grande es tu valor sin duda.

Isab. Toda soy iras crueles:
que no acabe de matarte?

Leon. No vès que en mi favor viene
la razon, que me apadrina?
còmo presumes vencerme?

Sale Don Felix, y Celio al paño.

Cel. Este es el quarto, señor,
donde la Serrana tiene
su alojamiento, aunque
està en trage diferente.

Fel. Con otra dama empeñada
esgrime el acero fuerte:
entrèmos adentro, Celio,
que à su lado he de ponerme.
Pero quà veo? mi hermana
no es aquella, que imprudente,
desesperada, y colerica,
intenta darla la muerte?
fuerza serà que lo impida
hasta saber qué la mueve.
Detente, hermosa Serrana,
y tù, vil Leonor, detente,
que mal intentas matar,
quando por que morir tienes,
y sepas de ambas la causa
de disgustos tan crueles.

Leon. A tus piès està mi vida,
hermano Felix, si quieres
vengar en ella el arrojo,
que he cometido imprudente,
en dexar sin orden tuya
mi patria, casa, y parientes,

que

que yà no ha de ser la fuga
à la que mi miedo apele,
sino à la justa razon,
que me forma delinquente:
delante està de los dos,
pues esta que vès presente,
con quien esgrimo el acero,
es Isabèl de Paredes,
la que matò mis hermanos,
y la que pretende aleve,
con brutal ira, y furor,
darnos à los dos la muerte.

Fel. Què es lo que escucho? ay de mi!
Doña Isabèl de Paredes *ap.*
es la Serrana, que adoro:
que harè en lance tan fuerte?

Isab. Què te suspende, Leonor,
para que de reñir dexes?
de què te admiras, Don Felix,
que te elevas, y suspendes?
Yo vuestra enemiga soy,
Doña Isabèl de Paredes,
que para matar à entrambos,
mudè trages diferentes:
con el nombre de Fadrique,
yo fuì quien sin conocerte,
en el monte te librò
de los ladrones valiente:
yo fuì la que de Serrana::-
pero esto al silencio dexe,
pues sabiendo que eres Felix,
solo à mi rencor conviene
quitarte la misma vida,
que te he guardado imprudente.
A mi valor no le estorva,
que el acaso aquì os uniesse,
pues en mi corage tengo
el socorro suficiente,
aunque estèn à favor vuestro
aves, hombres, brutos, peces.
ayre, fuego, agua, tierra,
montes, mares, riscos, fuentes.
Mal me aliento, que al mirarle, *ap.*
por mas que el rencor esfuerce,
està sin brio la espada,
y cobarde lo valiente;
pero no conozca en mì,
que puede Amor suspenderme.
Dì què aguardas, pues, Leonor?
Don Felix, què te detienes?
esgrimid vuestros aceros,
no indefensos os encuentre.

Cel. Sin duda alguna esta dama
de los demonios desciende;
pero si es dama, qué mucho
que assi con ellos concuerde.

Leon. Aparta, Felix, que yo
sobro para darla muerte.

Fel. Detente, aguarda, Leonor,
Isabèl, espera, tente,
dexame aquì discurrir
lo què executar conviene.
Ofendido, y obligado,
oy, bella Isabèl, me tienes;
pues si enojada, y cruèl
diste à mis hermanos muerte,
tambien me diste la vida
altiva, honrada, y valiente:
para que no la agradezca
es muy corto inconveniente,
que obrasse allì tu valor
sin saber por quien lo hiciesse,
pues no he dexado por esso
de ser yo, (si bien se atiende)
quien recibiò el beneficio;
y si yo ingrato te fuesse,
que no cumpliera contigo,
me culpàran dignamente.
Otra razon ay mayor,
que aùn à aquesta la vence,
con ser tan grande Isabél,
y es la del Amor, que quiere,
desde el punto que te vì,
y aun antes de conocerte,
que muera de enamorado,
y no muera de rebelde.
Para que conste, y se sepa,
quando este caso se cuente,
y en èl mi passion rendida
à merced de tus desdenes,
que en vano es querer venganzas,
quando Amor passiones vence,
à tus pièes està mi espada,
matame, Isabèl, si puedes,
à vèr si encuentras en mì
la vida, que allà me tienes.

Isab. En vano pretendes, Felix,
con razones tan corteses,

que mi furor se suspenda,
que mi juramento quiebre
de vengar mi muerto esposo
en vuestras vidas aleves.
(y aun yo en vano lo intento,
pero mi saña se aliente)
y relevo la obligacion,
que de la vida me tienes,
que entonces no te daría,
si llegàra à conocerte,
y assi riñamos. *Fel.* No puedo.
Leon. Si à tì pueden detenerte
los motivos de tu amor,
para que de reñir dexes,
no à mì, Don Felix, y assi
yo sola la darè muerte.
Isab. Llega, pues. *riñen.*
Fel. Leonor, espera,
que à su lado he de ponerme.
Leon. Tù contra mì!
Fel. Si, Leonór,
para que se experimente,
aun quando media la sangre,
como en el caso presente,
que quando el Amor domina,
todas las passiones vence.
Al lado de Isabel.
Cel. Duelo como este, imagino,
que no se ha visto otras veces.
Sale Don Juan.
Juan. En el quarto de Isabèl
rumor de espadas se siente;
pero qué veo? Leonor
no es la que matarla emprende?
y el forastero no es quien
de ella la libre valiente?
Pues què espera mi valor,
que informarse no previene
de la causa que à los tres
obliga à enojo tan fuerte?
Qué es esto, Isabèl hermosa,
quien ofenderos pretende?
Isab. Esto es aver encontrado,
Don Juan, à aquellos aleves
enemigos, que buscabamos,
y pues tú à mi lado debes
cumplir aquella promessa
de ayudarme à que me vengue,
à què aguardas? Mal le irrito. *ap.*
Juan. Contra Leonor yà no puede
vibrar mi valor la espada,
(Doña Isabél) pues la suerte
quiso, que al mirar sus ojos,
sin saber que suyos fuessen,
la rindiesse mi alvedrio.
Isab. Tal pronunciaste, ò aleve!
adonde pudiesse oìrte?
Fel. No de esto, Isabèl, te alteres,
pues reconociendo aquì,
que Don Juan es quien me ofende,
yá acompañandote altivo,
quando vengarte pretendes,
yà lidiandome en el monte,
porque à mi hermana no encuentre;
y finalmente teniendo
con èl un duelo pendiente,
sin que cuente la ossadìa,
con que à mi hermana pretende,
es razon, que con matarle
tu ofensa, y las mias vengue:
muera, pues.
Leonor al lado de Don Juan.
Leon. Espera, Felix,
repara, mira, y advierte,
que si amante, agradecido,
contra mi propia te buelves,
y sin vér que soy tu hermana,
à Doña Isabél defiendes,
teniendo iguales razones,
tambien he de defenderle.
Fel. Qué dices, traydora hermana?
antes te daré la muerte.
Juan. De tì sabré defenderla,
aunque mi vida se arriesgue.
Al lado de Leonor.
Isab. Yà no puede mas mi amor, *ap.*
pues su peligro me vence.
Al lado de Don Felix.
Detente, Don Juan, espera,
que si tù à Leonor defiendes,
es fuerza que yo tambien
(aunque mis venganzas dexe)
me ponga al lado de Felix.
Juan. A tanto, Isabèl, te atreves!
Isab. Sì, Don Juan, pues considero,
que el hacerlo me conviene,
al vér que en ofensa mia
tù à otra dama defiendes;

y pues este lance prueba,
que el Amor es el que vence
todas las demàs passiones,
aquì declarado quede,
que si domina Cupido,
todas su propio sér pierden,
sin que venganzas, é iras,
aunque presuman de fuertes,
se eximan; pues conocémos
en este caso presente,
que en vano es querer venganzas,
quando Amor passiones vence;
y para que de una véz
oy nuestros rencores cessen,
daré la mano à Don Felix:
tù, Don Juan, à Leonor puedes
darsela, y con esto cessa
el duelo, que està pendiente
entre Don Juan, y Don Felix.
Fel. Tu discrecion solamente
pudo ajustar tanto duelo:
tuya es el alma mil veces.
Da la mano à Isabèl.
Juan. A mas no debe aspirar
quien logra lo que pretende:
tu esclavo seré, Leonor.
Leon. Tu afecto el premio merece.
Dale la mano.
Cel. Callando como un cochino
he estado mirando à ustedes,
y quando estaba esperando
sucedieran quatro muertes,
he visto que con dos bodas
me aveis quebrado los dientes,
para que al mirarme en blanco,
sin que una moza me quede
à quien pedirle la mano,
me ahorque, ò me desespere:
pues no, no ha de ser assi,
que aunque soltero me dexen,
me agarro de aquel proverbio
del Buey suelto, que aquì viene
de perrilla; y pues no falta
sino decir dos mil veces,
que en vano es querer venganzas,
quando Amor passiones vence,
vamonos à nuestras casas,
y venga lo que viniere.
Isab. Pues sea primero diciendo,
Todos. que perdonen los oyentes
las faltas, que involuntarios
nuestros ingenios cometen.

FIN.

CON LICENCIA:

Impressa en Barcelona en la Oficina de PABLO CAMPINS Impressor en la Calle de Amargòs.